

LA BOHEMIA COMO EXPRESION

DE LA SOCIABILIDAD PORTEÑA¹

Por Fernando Rivas Inostroza

Valparaíso, excepto escasas coyunturas, ha sido tradicionalmente un puerto bohemio, al estilo de los principales puertos del mundo. Joaquín Edwards Bello decía que no tiene nada que envidiarle en este sentido a San Francisco, Marsella, Argel, Port Said y otros puertos populosos y abigarrados, donde los marineros dan rienda suelta a sus pasiones y a sus alegrías para resarcirse de las semanas o meses de continuo trabajo a bordo de las naves. Una vez que desembarcan suelen dedicarse a la bebida, al juego y a los placeres del sexo, como una forma de recuperar energías y de ponerle notas gratas a su vida.

Los puertos solían ser entonces escenarios donde los marineros buscan satisfacción a sus necesidades y plazas donde hay un comercio que satisface dichas necesidades, lo que genera un ambiente de animación y fiesta permanente. Digo solía porque las condiciones actuales han cambiado y ya los lugares tradicionales, que antes concitaban la atención y eran lugares frecuentes de relajó y vida licenciosa, han cambiado no sólo de lugar físico, territorial, sino que también respecto de prácticas, usos y costumbres. De hecho, cuando arriban las naves de la Operación Unitas, los focos y centros de entretenimiento se han desplazado a Viña del Mar, cuando no a Reñaca o el propio Santiago.

Sin embargo, históricamente, los puertos y en este caso Valparaíso, han sido centros de atracción y de satisfacción para la vida marinera. Esto le ha dado una impronta y un sello bohemio que a veces se ha perdido en el tiempo o ha perdido

¹ Este artículo está hecho en parte sobre la base de una investigación para el Diario La Estrella de Valparaíso realizada el año 2004 y que apareció sucesivamente en una serie de fascículos sobre la bohemia porteña.

intensidad pero que con el tiempo también, ha vuelto modificado o bajo otras circunstancias y modos.

Así ha sido no sólo durante el Siglo XX sino que prácticamente desde la Colonia, cuando arribaban al Puerto esos marineros cansados y agobiados por la dureza de un viaje de mes y medio aproximadamente desde Río de Janeiro en veleros o de 40 días más tarde en vapores desde Inglaterra con transbordo en Panamá hacia las costas del Pacífico Sur. Ellos llegaban cansados no sólo por las faenas propias de los barcos, sino que también por las exigencias y rigores del clima y de pasos peligrosos como el Cabo de Hornos, que les hacía temer muchas veces por sus propias vidas, de modo que llegar a Valparaíso era prácticamente una hazaña, la hazaña de estar vivos, sanos y salvos. Por lo tanto ¡a celebrar!.

Se fue conformando así, en torno a lo que había sido el eje de la ciudad, la Iglesia de la Matriz, un barrio licencioso y festivo que ofrecía alegría y placeres carnales a los marineros y a cuantos quisiesen disfrutar del ambiente, ya fueran vecinos o visitantes de otras ciudades. Benjamín Vicuña Mackenna consigna por ejemplo que en la ordenanza del 23 de febrero de 1764 el gobernador Antonio Martínez y La Espada sancionaba a 11 mujeres por el hecho de andar “en juntas de noche con los marineros” y les ordenó que dejaran de hacerlo y se emplearan honestamente como sirvientas domésticas sino querían ir a parar al Asilo de Recogidas.

También la historia consigna que uno de los rincones cercanos a La Matriz y que adquirió fama de barrio alegre, fue el Cerro Arrayán, donde un marinero inglés, John Barry, veterano de Trafalgar, de las batallas de la Independencia y de las campañas de Lord Cochrane, convirtió su casa en un lugar de “canto y baile”, para atender las demandas de sus colegas marinos y de algunos habitantes licenciosos de la ciudad. Corría el año de 1842.

Para ese entonces Valparaíso había dejado de ser un puerto de comercio exclusivo con España y se había abierto al comercio internacional, por lo que mostraba más de 200 naves surtas en la bahía y un movimiento portuario constante y ajetreado, que se tornaba en música, canto, baile y entretenimiento durante las horas de la noche.

Quienes participaban de esta vida alegre no era la clase alta o pudiente de Valparaíso, sino que gente del pueblo, operarios del puerto, cargadores y empleados o

cesantes diversos, quienes iban en busca de un momento de entretenimiento y felicidad, como se ha dicho. La entretenimiento habitual en este ámbito la proporcionaban las chinganas, que eran espacios dedicados al canto, el baile y la bebida entre las clases bajas, aún cuando algunos personajes conspicuos como Diego Portales, el forjador de la República, fuera uno de sus habituales. Federico Walpole, un visitante inglés, describió así una chingana en Valparaíso: “Entramos a la chingana, un centro de diversiones nocturnas de la clase baja, muy al estilo hops en Inglaterra. Vale la pena ver una vez la manera salvaje de beber y las danzas nacionales. La chingana se efectúa en el patio rodeado de corredores de la casa; hay mesas servidas con chicha, mosto y aguardiente, galletas y pan. La entrada vale dos chelines, incluyendo el precio del licor; el baile favorito es la zamacueca. Los músicos son una mujer que toca un arpa muy larga, uno de cuyos extremos está apoyado en su pecho y el otro muy lejos en el suelo. Dos niñas la acompañan con instrumentos parecidos y las tres cantan. Casi todos los espectadores se asocian con sus palmoteos”².

Max Radiguet, empleado consular franco belga, por su parte, dice de los lugares de entretenimiento en Valparaíso en 1847, lo siguiente: “Por donde quiera que haya una puerta o ventana, puede notarse, sentadas sobre el umbral de las unas o inclinadas sobre las otras, algunas niñas de cara fresca y sonriente, cuya negra cabellera adornada con flores, desciende en ondas abundantes sobre una espalda perfecta; después, en segundo término, se percibe una vieja o más bien una bruja, de tinte pálido, de perfil burlesco, masticando, sin cansarse, algún pedazo de cigarro apagado. Un guiño de la muchacha y un saludo de la vieja, acompañado de esta expresión hospitalaria: “la casa a disposición de usted” atraen al marinero a un antro más peligroso que el de las sirenas; los roles de tripulación constatan este hecho, agregando al nombre de la víctima por todo comentario estas tres palabras: desertado en Valparaíso”³.

Por su parte, el oficial de la Armada norteamericana William Ruschenberg, en sus “Noticias de Chile”, fechadas entre 1831 y 1832, describe las costumbres y modos festivos de la clase alta porteña que difieren radicalmente del estilo y prácticas de las

² Walpole, Federico; “Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del Siglo XIX”, en “Memorial de Valparaíso” de Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt, Ed. Ril. Santiago, 2001, Pág. 205.

³ Radiguet, Max; “Valparaíso y la Sociedad Chilena”, en “Memorial de Valparaíso” de Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt, Ed. Ril. Santiago, 2001, Pág. 214.

clases bajas. Según dice: “Un domingo por la noche acompañé a mi amigo don Samuel para asistir a la tertulia semanal de doña Juana. Hallamos ahí a un buen número de damas y caballeros, viejos y jóvenes, bien y mal parecidos. Las damas estaban sentadas frente a frente en una larga fila que se extendía de un lado al otro de la sala, cuyo aspecto había sido muy mejorado al tenderse una alfombra que cubría por completo el petate. (...)”

“Los caballeros se paseaban pausadamente alrededor de la sala; algunos parados en grupos de a dos o tres, o bien conversando con las damas, y dos o tres de ellos estaban en el balcón fumando sus hojitas.

“Las damas, ya riéndose o bien conversando, habían tirado a un lado el chal, exhibiendo parte del pecho y el talle, hermoseedos con la ayuda de todos los artificios de un tocador femenino. (...)”

“Se sirvió el té, café, etc., tal como en nuestro país, y luego se sentó al piano una de las damas. Mientras ella preludiaba, un caballero a quien llaman el bastonero (...) anunció en alta voz, Contradanza, señores, y en el acto los caballeros sacaron a sus parejas y se pusieron en fila. Comenzó la música; con el compás de un vals lento. Para poder apreciar la elegancia y el donaire de la contradanza es preciso verla. (...) Después de la contradanza se bailó cuadrilla y vals.

“Durante la noche se acostumbra servir variados dulces de un modo que es particular, a mi entender, a la costa sudoeste del continente. Se ofrecen los dulces a los convidados en una fuente grande y chata, puesta sobre una bandeja de plata, habiendo también tenedorcitos del mismo metal, y cada dama saca de la fuente un poco del dulce con el tenedor y lo lleva a la boca. (...)”

“Cuando está por terminar la tertulia, siguen unos cuantos bailes, tonadas y más dulces. Y entonces, si la tertulia ha sido muy jovial, se baila el cuando, un baile propio (sic) de Chile. Va siempre acompañado de canto. Comienza del mismo modo que un minué, con todas las figuras muy airosas”⁴.

⁴ Ruschenberg, William S. W., “Noticias de Chile 1831-1832”, Editorial del Pacífico; Santiago, 1956, Págs. 38 a 40.

Como se ve, los usos y prácticas festivas son muy distintas entre las clases sociales, pero ambas de alguna manera están en los orígenes del espíritu bohemio del puerto, aún cuando la herencia mayor procede de las expresiones y hábitos de las clases populares. Un contraste entre unas y otras es el que expresa Paul Treutler, un ingeniero en minas, en sus “Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863”. El refiere el siguiente incidente:

“En la noche me fue a buscar uno de mis nuevos conocidos para introducirme en una de las primeras familias de Valparaíso (...) A la entrada me sorprendió, en primer lugar, el gran lujo de los recibos y los trajes elegantísimos de las damas, vestidas y peinadas de acuerdo con el *dernier cri* de la moda parisiense. Pero sobre todo produjo en mí una impresión muy agradable la amable acogida que me dispensaron. (...) Las hijas de la casa eran muchachas bellísimas y muy bien educadas; mas tarde tocaron magistralmente una pieza a cuatro manos en el piano, y una cantó la célebre aria de Roberto El Diablo, acompañada por su hermana. Después de haberse congregado varios otros caballeros y damas, no sólo se bailó la *zamacueca* nacional, sino que se ejecutaron también con mucha gracia los bailes europeos, como la *cuadrilla*, la *polka* y la *mazurca*.

“Cuando nos habíamos despedido de esta amable familia, escuchamos repentinamente una espantosa gritería en una de las calles que conducen desde la plaza de La Matriz a los cerros, conocida como centro de la prostitución. Nos acercamos y encontramos un gran número de prostitutas y marineros trabados en lucha con unos soldados. Dos víctimas yacían ya en el suelo, bañados en su sangre; uno tenía la barriga abierta en tal forma de una cuchillada, que los intestinos colgaban hacia afuera, y al otro le habían clavado un cuchillo en un costado. Nos alejamos rápidamente, separándonos de esta escena repugnante, y regresamos al hotel”⁵.

Sin duda que el contraste es elocuente y da cuenta de los dos mundos que existían en el Valparaíso del Siglo XIX y las distintas modalidades de sociabilidad en uno y otro sector social.

Con el tiempo, la ciudad siguió creciendo sobre la base de un comercio de importación y exportación creciente, de modo que Valparaíso se extendió y con eso

⁵ Treutler, Paul; “Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863”, Editorial del Pacífico, Santiago 1958, Págs. 54 y 55

también los lugares de entretenimiento y disipación. En un principio, la actividad se centró en el sector del Puerto y en torno a la Iglesia de la Matriz, pero con el paso de las décadas y hacia fines del Siglo XIX también pasó a cubrir el sector de El Almendral que se había venido poblando, ante el agotamiento del casco histórico. Surgieron burdeles y mancebías por distintos sectores, pero algunos de los más recordados fueron los que se establecieron en la Avenida de las Delicias, hoy Avenida Argentina y que el sacerdote Vicente Martín y Manero recuerda en su Historia Eclesiástica de Valparaíso como “un barrio tétrico, mal afamado, con miserables fondas y cafetines de carreteros (...) Unas mancebías o cosa por el estilo, apostadas por ahí, sacan hasta las puertas al oscurecer sus huéspedes pintarrajeadas y sus percales policromos. El público llama a esa toltería “Los cuartos del diablo”⁶.

Lo cierto es que esta división territorial se mantendrá en el Siglo XX y es en ambos sectores del plan donde se va a concentrar la bohemia. En el Puerto el eje estructurante será La Cuadra, que es un tramo de la calle Cochrane desde la Plaza Aduana hasta la calle Marquez en el sector de la Plaza Echaurren, y en el Almendral, el eje estructurante será la Avenida Pedro Montt, a partir de la Plaza Victoria, y en la extensión de la cuadrícula conformada por las calles transversales y perpendiculares hacia Avenida Argentina.

Si bien la apertura del Canal de Panamá a principios del Siglo XX disminuyó el tráfico naviero, éste siguió siendo importante, de modo que Valparaíso no dejó de ser un puerto de recalada habitual, con una población marinera numerosa y en constante agitación no sólo diurna sino que también nocturna. De hecho el ambiente y promiscuidad favoreció la propagación veloz y virulenta de las enfermedades venéreas al punto de encontrarse nuestro Puerto entre las tres ciudades con mayores índices en el Mundo, junto a Constantinopla y Yokohama. Además Valparaíso superaba ampliamente a París en cantidad de prostitutas por habitante, ya que ostentaba una por cada veinte personas, mientras que en la capital de Francia era apenas de una por cada 200.

Durante el Siglo XX, la vida nocturna se hizo tan importante en Valparaíso como la diurna, y también más entretenida. Su influjo empezó a extenderse más allá de

⁶ Martín y Manero, Vicente; “Historia Eclesiástica de Valparaíso”, 1891, en Edwards Bello, Joaquín; “Cómo era entonces Valparaíso y como vivía su gente”, en “Memorial de Valparaíso” de Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt, Ed. Ril. Santiago, 2001, Pág. 271.

las clases populares y cubrió también a los sectores medios emergentes, cuyos empleados y profesionales empezaron también a gozar de los placeres de la bebida, de la comida, de la música y de las mujeres. Su atractivo se extendió hasta hacerse muy común, de modo que atrapó no sólo a oficinistas y empleados de servicios, sino que también a diversos grupos de intelectuales, escritores, periodistas y poetas, que daban rienda suelta a su creatividad en estos espacios de alegría bohemia, y que como reza el dicho, hacían de la noche día. El sector portuario funcionaba las 24 horas, de modo que había actividad en forma permanente. Los estudiantes universitarios también se sumaron a este ajetreo y los jóvenes, en general, mostraban cada vez mayor interés por disfrutar de estas noches de alegría, relajación y creatividad.

Este ambiente bohemio, que se había ido forjando lentamente, desde el siglo XIX, en las décadas de 1940, 50 y 60, llegó a conformar un elemento distintivo de la vida cotidiana de Valparaíso, al punto que el documentalista holandés Joris Ivens, en su filme denominado “A Valparaíso”, dedica largos minutos a ilustrar la noche porteña y a exhibir imágenes de canto y baile en el mítico prostíbulo de “Los Siete Espejos”, así como escenas de bares diversos y la llamativa escena de un duelo a cuchillos por diferencias de juego.

Los recuerdos de ciudadanos que ya tienen más de 60 años hablan de aproximadamente 15 locales en “La Cuadra”, entre hoteles, prostíbulos, restaurantes y bares. Uno de los locales más famosos del sector fue el “American Bar”, en Cochrane con Clave, que tenía a un anunciante que convidaba a pasar a los transeúntes diciéndoles “American Bar, su casa”. Este local ofrecía espectáculos nocturnos hasta altas horas de la madrugada y acogía a los turistas que salían del Casino de Viña del Mar. Otros locales muy famosos fueron la boite “Yako”, el “Black and White”, “El Mar”, “El Sudamérica” y “La Caverna del Diablo”, donde actuó la célebre “Tongolele” y donde –se dice- ofrecían cocaína en platos; la fuente de soda “Santa Isabel”; el restaurant “El Porteño” y el restaurant “Shangai”; el restaurant “Blue Ship” y los prostíbulos conocidos como el “35”, el “37” y el “39”.

En el sector de la calle Bustamante estaba el “Roland Bar”, que cerró sus puertas en 1994, y que solía atraer a artistas. Neruda estuvo muchas veces allí. Sara Vial lo recuerda en su libro “Neruda vuelve a Valparaíso”. Según cuenta, “una noche estuvimos en el Roland Bar, en el barrio del puerto, cerca de la Plaza Echaurren. El

cinematografista holandés Joris Ivens filmaba un documental sobre Valparaíso. En medio del bullicio y el humo, el poeta Juan Guzmán Cruchaga, nos escribió las estrofas inmortales de su canción: Alma no me digas nada...⁷.

Fuera del sector de La Cuadra, también son recordados los locales de la calle Clave, especialmente los de la subida que se encuentra después de la Plaza Echaurren, entre los que se contaban los míticos “Siete Espejos” y que Salvador Reyes retrató en su novela “Valparaíso, Puerto de Nostalgia”. Allí dice: “Obedeciendo a sus instrucciones, Elías detuvo el coche frente a una casa de fisonomía imprecisa, montada en la acera, que quedaba muy alta sobre la calzada. Un hombre en mangas de camisa salió a abrir. Su cara se iluminó al ver el automóvil y el grupo de visitantes. –Pasen señores, adelante- Traspusieron el umbral de los Siete Espejos y se encontraron con una escalera corta y estrecha. Desde un estrecho rellano, pasaron al salón que daba nombre a la casa. Era un salón que sólo podía existir en un puerto y seguramente sería el rincón preferido de las tripulaciones. Siete grandes y antiguos espejos, con monumentales marcos dorados, estaban adosados a los cuatro muros. Estos eran el orgullo de la casa, y al verlos allí incólumes, seguramente después de varios años, uno se preguntaba qué poder angélico podía haberlos preservado de la botella voladora que no habría faltado en ninguna de las fiestas que allí se celebraban”⁸. Hoy, algunos de esos espejos, se dice, permanecen como adornos y trofeos de la bohemia porteña en el bar “La Playa”.

Otros locales eran “Las Cachás Grandes”, que todavía subsiste, donde algunos iban a tomar desayuno y otros llevaban a sus esposas a almorzar, porque allí se servían filetes a lo pobre y comidas en gran cantidad, “en cachás grandes”. A la vuelta, estaba el

⁷ Vial, Sara ; “Neruda vuelve a Valparaíso”, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 2004 Pág. 84

⁸ Reyes, Salvador; “Valparaíso puerto de nostalgia”, Editorial Zigzag., Santiago de Chile, 1955, Pág. 135

salón de baile de rock and roll, conocido popularmente como “El Hoyo”, por encontrarse en el subsuelo, y hasta el cual llegaban marinos y militares que a veces se trezaban a golpes.

Una bohemia más intelectual y de creación subsistía en el sector de la plaza Aníbal Pinto, que era frecuentada por empleados y profesionales, especialmente abogados, periodistas, funcionarios públicos y escritores, además de ministros, senadores, diputados y políticos de las más distintas categorías. Se trataba de una clase media intelectual y creativa, que aprovechaba esos espacios para dar rienda suelta a su imaginación en conversaciones animadas y a veces interminables, que muchas veces terminaban en poesías o creaciones literarias. En esas sesiones es cuando Neruda funda el famoso “Club de la Bota”, en el “Bar y Restaurant Alemán”, en presencia de sus amigos, entre ellos Camilo Mori, la mencionada Sara Vial, Ennio Molledo, Matilde Urrutia, María Martner y otros, a los que posteriormente se incorporó como socio el cubano Alejo Carpentier, en su visita a Chile en 1962. El local cerraba a las 23 horas, pero la juerga seguía en “El Bavaria” o en “El Pajarito”. Para la prensa y para los políticos era significativo “El Neptuno”, al igual que “El Cinzano”, así como para los funcionarios de bancos y empresas del sector financiero lo era y sigue siendo el “Bar Inglés”.

Estos locales conformaban la oferta del sector Puerto, donde según Benjamín Subercaseaux, “a las dos o tres de la madrugada, los cabarets parecen contagiarse con el rolar de los barcos. Por todas partes hay un estremecimiento del piso que parece llegar hasta los faroles chinos del techo, las guirnaldas de papel y los instrumentos de la orquesta”⁹. El público de ellos, a diferencia del siglo XIX, era más bien amplio, interclasista, con gran presencia de sectores populares, pero también con muchos representantes de la clase media, algunos de la clase alta y muchos extranjeros, especialmente marinos. Al respecto, Armando Canales, el dueño del American Bar, dijo a la prensa: “En mi negocio han estado grandes figuras de la política chilena y hasta Presidentes, salvo el señor Jorge Alessandri; estuvo también el señor Hernán Santa

⁹ Ver “Valparaíso navega en el tiempo”, de Franklin Quevedo Rojas, Ed. Planeta, Santiago, 2000, Pág 107.

Cruz, el ministro alemán, señor Willy Brandt, los cancilleres de la OEA y así muchas otras figuras que llegan a conocer el barrio y su ambiente”¹⁰.

Según recuerdan muchos el clima era seguro. No había robos a los vehículos y éstos se podían dejar en forma segura en las calles. Además, las relaciones no eran totalmente monetarizadas, de modo que muchos clientes por ejemplo en los prostíbulos entablaban relaciones sentimentales con las asiladas que muchas veces no terminaban en los cuartos ni estaban reguladas por el precio del mercado.

Pero la bohemia no se circunscribió sólo al sector del Puerto, sino que también se extendió, como ya se dijo, al sector de El Almendral, donde se creó una verdadera red de bares, hoteles, cafés, fuentes de soda y cabarets, entre los que destacaron la pensión “La Rosa” y el “Café Checo”. En la primera, los trasnochadores reponían el cuerpo con apetitosas cazuelas de ave en la madrugada o saboreaban exquisitos platos de choro zapatos, en medio de un ambiente amenizado por guitarras. Según el profesor Franklin Quevedo, “era muy agradable para los parranderos salir agotados de los prostíbulos aledaños por el baile, los tragos y la cama, dar unos cuantos trancos y refortalecerse con una humeante cazuela. A veces se encontraban, claro que en mesas diferentes, con las mujeres con que habían estado acostados hacía media hora y se sonreían desde lejos”¹¹.

El “Café Checo”, ubicado también en calle Simón Bolívar, cerca de Pedro Montt, en tanto, ofrecía cenas bailables con dos orquestas en dos horarios: a medianoche y a partir de las 2 de la madrugada. Allí se presentabas artistas famosos tanto nacionales como extranjeros y sus comensales podían disfrutar de un filete a lo pobre, de un filete con ensalada, congrio frito, cazuela de ave, un cuarto de gallina con papas fritas y tortillas al ron y vino reservado. Se podía beber vino, whisky y champaña, en un ambiente distendido y de gran cordialidad. Otros locales fueron el hotel “Andino”, el hotel “quilpue”, el todavía existente hotel “Continental”, el hotel “Luxor”, el hotel “Latorre”, el hotel “Costa Azul” y el hotel “Blue Star”.

Estos locales se complementaban con los del Puerto, aún cuando sus habitués eran más bien de funcionarios, empleados del sector público y del sector

¹⁰ En “Tiempos de Bohemia”, Fascículos del diario “La Estrella” de Valparaíso, 2004, Nº 1

¹¹ Quevedo, Op. Cit. Pág. 137

privado, que disfrutaban más de la conversación que de la bebida, así como de la galantería y los favores de mujeres que arrendaban sus caricias y su amor.

Este ambiente de bohemia subsistió casi sin mayores variaciones hasta el 11 de septiembre de 1973, cuando el quiebre institucional y la aplicación de un riguroso toque de queda asestó un golpe mortal a la vida nocturna. Ya no había público y los locales debían cerrar temprano. Un modo de vida, un estilo de sociabilidad llegaba a su fin. Un estilo de vida, una forma de comportarse, así como algunos de los valores y costumbres que les servían de fundamentos, sufrieron un brusco cambio. Atrás quedaban los bares como espacios públicos destinados a la conversación sobre las actividades cotidianas, la política, la economía, la cultura y las preocupaciones laborales; al mismo tiempo que se daba curso a la creación literaria y poética. Un modo de disfrutar el tiempo libre dejó de existir. Un paréntesis de varios años se inició, hasta que nuevamente a mediados de la década de los 80 y en especial a los 90 resurge cierto ambiente bohemio, pero con un estilo y territorialización muy distinto.

La bohemia del Siglo XX, aquella tradicional, que alcanzó su época culminante entre las décadas del 40 al 70, dieron un sello, una impronta a la vida cotidiana de Valparaíso, que llegó a identificarlo como una ciudad portuaria, pero también como capital de la vida alegre, del ambiente nocturno, de la fiesta diaria y de madrugada. Allí, en el imaginario local, se perpetúa, sin embargo, un espíritu cosmopolita y jovial, donde se da curso a los placeres de la bebida, de la comida, del baile y del sexo, en un clima distendido y relajado, donde lo que se privilegia es el disfrute y el gozo. Estas características se enraizaron en el espíritu porteño y, a pesar del embate de las prohibiciones, volvió a resurgir pero con manifestaciones y expresiones distintas, acordes a los nuevos tiempos que vive la ciudad y el país. Ellas pasaron a formar, como parte del paso del tiempo, desde la Colonia y hasta hoy, de las corrientes profundas y permanentes de Valparaíso, que aunque se quiera, no se pueden erradicar y que, por el contrario, siempre tienden a emerger aunque sea sobre la base de formas, expresiones y modalidades diferentes.

BIBLIOGRAFIA

- Astelli Hidalgo, Nancy; “Valparaíso, escenario y artistas”, Edición del Gobierno Regional de Valparaíso, Valparaíso, 2002.
- Calderón, Alfonso y Schlotfeldt, Marilis; “Memorial de Valparaíso”, Ed. Ril. Santiago, 2001
- Martin y Manero, Vicente; “Historia Eclesiástica de Valparaíso”, 1891
- Quevedo Rojas, Franklin; “Valparaíso navega en el tiempo”, Ed. Planeta, Santiago, 2000.
- Radiguet, Max; “Valparaíso y la Sociedad Chilena”, en “Memorial de Valparaíso” de Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt, Ed. Ril. Santiago, 2001,
- Reyes, Salvador, “Valparaíso puerto de nostalgia”, Editorial Zig Zag, Santiago de Chile, 1955, Pág. 135.
- Ruschenberg,, William S. W., “Noticias de Chile 1831-1832” , Editorial del Pacífico; Santiago, 1956.
- “Tiempos de Bohemia”, Fascículos del diario “La Estrella” de Valparaíso, 2004.
- Treutler, Paul; “Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863”, Editorial del Pacífico, Santiago 1958,
- Vial, Sara; “Neruda vuelve a Valparaíso”, Ediciones Universitarias de Valparaíso, PUCV, Valparaíso, 2004, Pág. 84.
- Walpole, Federico; “ Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del Siglo XIX”,